

## Historia y Arqueología bíblicas

*P. Martín José Villagrán, IVE*

*“Oh, Timoteo, custodia el depósito.  
Evita la impiedad de una vana palabrería  
y las objeciones de una pretendida ciencia  
(ἀντιθέσεις τῆς ψευδωνύμου γνώσεως),  
ya que por haberla profesado,  
algunos se han apartado de la fe”.*  
(1 Tim 6,20-21)

*“Hijo mío (...) son muchos los hombres altivos y gloriosos,  
pero el Señor revela sus secretos a los humildes. (...)  
No pretendas lo que es demasiado difícil para ti,  
ni trates de indagar lo que supera tus fuerzas:  
reflexiona sobre lo que te ha sido mandado,  
porque a ti no te conciernen las cosas secretas.  
No te ocupes de cosas que están por encima de ti:  
lo que te ha sido revelado ya es demasiado para la inteligencia.  
Porque muchos se extraviaron por sus especulaciones  
y su imaginación perversa falseó sus pensamientos”.*  
(Cfr. Eclo 3,17-24)

### I. INTRODUCCIÓN

La intención de este escrito no es la de abordar cuestiones particulares de Historia y Arqueología bíblicas, sino que nos limitamos a proponer *un modo de aproximarse* a dichas cuestiones que sea adecuado a la naturaleza del objeto de estudio.

Siendo que las ciencias se definen por el objeto y no viceversa, el estudio más científico de cualquier problemática bíblica será el que proceda a partir de una perspectiva *teándrica*<sup>1</sup>, es decir, considerando lo que hay de *divino* y lo que hay de *humano* en las Sagradas Escrituras.

En efecto, el misterio de la revelación bíblica es análogo al misterio de la encarnación del Verbo por el cual afirmamos que Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Así como en Cristo subsisten dos naturalezas en su única persona divina, así también, en el único sujeto que es la Biblia, se encuentran prerrogativas tanto divinas como humanas que, conservándose distintas, se unen armónica y jerárquicamente, por unión de asunción.

Sin esta visión cualquier aproximación resulta fragmentaria e insuficiente, puesto que se deforma y mutila indebidamente el objeto de estudio suprimiendo elementos esenciales al mismo.

Es por eso que creemos oportuno referirnos desde esta perspectiva a dichas ciencias auxiliares de la exégesis bíblica, puesto que es uno de los campos en los que pareciera haberse desatendido la «doble naturaleza» de la Sagrada Escritura.

Será necesario para esto evitar el error de disminuir, debilitar o anular cualquiera de sus aspectos (sea el divino, sea el humano) como también el error de unirlos de modo incorrecto, «mezclándolos» malamente. De este tipo de errores se ha visto infectada la aproximación al misterio del Verbo Encarnado a lo largo de la historia; así pues, de este tipo de errores debe prevenirse quien afronta cualquier estudio del texto sacro que es por naturaleza una realidad teándrica.

---

<sup>1</sup> *Teándrica* se dice de una realidad *divino-humana*. Del griego: *θεός* (Dios) y *άνήρ, άνδρός* (hombre).

## HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA BÍBLICAS

El exégeta debe recordar que la ciencia bíblica es ante todo ciencia teológica, por lo cual la asunción de las ciencias humanas auxiliares se ha de realizar al amparo de principios de orden teológico que rijan y encaucen el auténtico progreso de las mismas.

A menudo esta premisa es problematizada en los ambientes académicos, sobre todo a causa de la profunda crisis que atraviesa en los últimos siglos el saber *uni-versitario* en su sentido más propio de comprensión integral y jerárquica de los diversos campos del saber. En efecto, la «ciencia moderna» parece haber invertido el justo orden de jerarquía, dando a las ciencias experimentales la máxima dignidad y nula autoridad a las teológicas. Así, con una erudición que podríamos llamar «decapitada» por sustraerse al juicio de las ciencias superiores, se pretende hacer vacilar los fundamentos de las ciencias cuyos principios no pueden ser juzgados por ciencias inferiores.

Es la suerte que, de modo especial, corren actualmente tanto la metafísica como la teología; la exégesis bíblica, como parte de esta última, sufre también las consecuencias de estos desvaríos y es a esta problemática que los exégetas deben dedicar hoy por hoy sus mejores esfuerzos.

Sabemos que no es cosa nueva que la «ciencia» quiera alzarse contra la fe. En el campo bíblico esto se ha realizado a menudo intentando poner un manto de duda sobre las historias y relatos que en la Biblia se refieren, lo mismo que se ha hecho con respecto a las tradiciones ligadas a las narraciones bíblicas.

Dificultades, dudas y problemas irresolutos ciertamente que los hay en la Biblia y en las tradiciones a ella ligadas, y de seguro que jamás se disolverán totalmente. Los intelectuales de fe son conscientes de esto y no desconocen ni esquivan dichas dificultades sino que, al contrario, hubo, hay y habrán grandes estudiosos que llevarán a cabo la ardua tarea de afrontar estas problemáticas.

Y si estos esforzados científicos católicos no lograran dar con todas las respuestas, es de advertir que no va esto necesariamente en menoscabo de nuestra fe, ya que es el mismo Dios quien ha querido revestir las Sagradas Escrituras de una *religiosa oscuridad*, que se debe principalmente a la profundidad de los misterios revelados pero también a la complejidad de cuestiones ligadas al aspecto humano de la misma. Esta religiosa oscuridad, lejos de ser algo meramente negativo, tiene fuertes motivos de conveniencia que manifiestan mayormente la sabiduría divina: por medio de ella el estudioso de la Biblia experimenta una mayor atracción hacia lo que investiga, conserva más firmemente lo aprendido con dificultad y, finalmente, aprende la humildad al entender que no puede caminar seguro sin la guía y protección de la Iglesia<sup>2</sup>.

Es cierto que aún quedan muchos campos que explorar y muchos asuntos que explicar, pero nada justifica un desequilibrio, precipitación y presunción tales que nos empujen a afirmar -o poner en práctica- el errado principio de que «se puede hacer el mal para que venga un bien», es decir, generar ilícita e imprudentemente una duda para motivar el progreso de la ciencia. Echar al aire una proclama al estilo de Lutero y desafiar a la recta fe exigiéndole respuestas, no es leal, ni meritorio y ni siquiera científico. Es la misma Iglesia la que tiene que andar con humildad y

---

<sup>2</sup> Extendemos a nuestro tema lo dicho por León XII respecto a sentidos más profundo que el literal: «...además, su sentido literal oculta en sí mismo otros significados que sirven unas veces para ilustrar los dogmas y otras para inculcar preceptos de vida; por lo cual no puede negarse que los libros sagrados se hallan envueltos en *cierta oscuridad religiosa*, de manera que nadie puede sin guía penetrar en ellos. Dios lo ha querido así (ésta es la opinión de los Santos Padres) para que los hombres los *estudien con más atención y cuidado*, para que las verdades más penosamente adquiridas *penetren más profundamente en su corazón* y para que ellos comprendan sobre todo que *Dios ha dado a la Iglesia las Escrituras a fin de que la tengan por guía y maestra* en la lectura e interpretación de sus palabras» (*Providentissimus Deus*, EB 108).

## HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA BÍBLICAS

prudencia por estos caminos de la investigación bíblica y es ella también quien conserva vivas las esperanzas de que cada vez se iluminen más y más esos lugares religiosamente oscuros.

Los exégetas que a esto se avocan, deben plegarse a esa actitud de profunda humildad y respeto al dato revelado, al mismo tiempo que buscan con celo y dedicación dar razones de su fe en servicio del Magisterio de la Iglesia.

Dice al respecto Tábet: «La Biblia se presenta como un libro distinto a los demás por tener a Dios por Autor principal. El exégeta debe ser consciente de hallarse, en su tarea, ante una realidad divina, sobrenatural. Por eso, el trabajo hermenéutico debe enlazar orgánicamente todo lo relativo a las disciplinas auxiliares con los principios del proceder propiamente teológico, para que se pueda alcanzar esa inteligencia de la Palabra de Dios que sólo con la luz de la fe el hombre logra poseer»<sup>3</sup>.

### **II. LA HISTORIA Y LA ARQUEOLOGÍA COMO CIENCIAS AUXILIARES DE LA EXÉGESIS BÍBLICA**

En la conclusión del valioso artículo apenas citado se dice: «La ciencia bíblica ha de permanecer abierta a todo saber humano válido, sin identificarse con ninguno de ellos. El exégeta debe tomar de esas ciencias y sus métodos, orientándolos y aplicándolos desde su trascendente punto de vista, desde una más alta sabiduría, con la serena actitud de quien sabe que sus fundamentos no pueden ser socavados porque no dependen de las fluctuaciones de esos saberes; y también con el agradecimiento ante la ayuda que pueden prestarle para una mayor penetración en el inagotable conocimiento de la Sagrada Escritura» (p. 455).

---

<sup>3</sup> M. Á. TÁBET, "El uso de las ciencias humanas en la hermenéutica bíblica según la doctrina de santo Tomás", Euntes Docete 33 (1980), p. 427.

Es por eso que es de suma importancia realizar estudios históricos y arqueológicos con el fin de clarificar más el mensaje bíblico, profundizando en la naturaleza de estas ciencias, aplicando sus métodos, asumiendo sus conclusiones seguras y delimitando claramente su competencia para que sus descubrimientos e hipótesis no «invadan» el campo reservado a otras ciencias superiores.

Por lo pronto hagamos una breve y somera consideración de la naturaleza de la Historia (y la Arqueología) y de su relación con los estudios bíblicos.

La Historia es «la disciplina que estudia y narra (...) los acontecimientos pasados y dignos de memoria, sean públicos o privados» y la Arqueología es la «ciencia que estudia lo que se refiere a las artes, a los monumentos y a los objetos de la antigüedad, especialmente a través de sus restos»<sup>4</sup>.

Vemos por tanto una *íntima conexión* entre Historia y Arqueología en la que, junto al mutuo enriquecimiento, se da sin embargo una *preeminencia de la primera* ya que su objeto parece ser más universal, incluyendo en sí el objeto de la segunda. De hecho es la Historia la que aún y asume la maternidad sobre otras ciencias afines como lo son la Arqueología, la Geografía, la Paleografía, etc.

Hablando sobre la Historia, afirma Caturelli que el *hecho histórico* «es un acontecimiento producido *en el tiempo* que *gravita* en el desarrollo de la humanidad y que por depender de la voluntad libre es *radicalmente contingente*»<sup>5</sup>.

Estas notas de *temporalidad*, cierta *permanencia* y su radical *contingencia* son las que principalmente determinan la cognoscibilidad de cualquier evento histórico: «Los hechos presentes,

---

<sup>4</sup> Cfr. DRAE.

<sup>5</sup> CATURELLI, A., *El hombre y la Historia, Filosofía y Teología de la Historia*, Editorial Guadalupe, Buenos Aires 1959, pp. 28. *Cursivas nuestras*.

continúa Caturelli, son contingentes; los futuros contingentes, no-son-aún, y los pasados ya-no-son; por tanto, *los hechos pasados son imperfectamente cognoscibles por su supervivencia ya en la memoria, ya en sus rastros, y de ahí la crónica*; los presentes por una fugaz visión y los futuros en sus causas contingentes que sólo permiten la conjetura o una modesta expectación»<sup>6</sup>.

Se indica así por tanto el modo imperfecto, aunque objetivo, en que los hechos pasados pueden ser conocidos a través de las huellas que han dejado.

Sirviéndose de una rica alegoría, la célebre definición de Manzoni da una idea de la dificultad de esta ciencia: «La Historia, dice, se puede verdaderamente definir como *una guerra ilustre contra el Tiempo*, porque quitándole de la mano *los años*, prisioneros suyos, más aún, ya hechos cadáveres, los llama nuevamente a la vida, los pasa a revista, y los forma de nuevo en orden de batalla. Mas los ilustres Campeones que en tal Campo (de batalla) cosechan Palmas y Laureles, capturan tan solo los botines más suntuosos y brillantes, embalsamando con sus tintas las empresas de los Príncipes y los Potentados, y cualificados Personajes, y tejiendo con la aguja finísima del ingenio los hilos de oro y de seda, que forman un perpetuo recamo de acciones gloriosas»<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> CATURELLI, A., *El hombre y la Historia...*, p. 32. Cursivas nuestras.

<sup>7</sup> MANZONI, A., *I promessi sposi (Los novios)*, Aonia edizioni, Pisa 2012, p. 9: «L'Historia si può veramente deffinire una guerra illustre contro il Tempo, perché togliendoli di mano gl'anni suoi prigionieri, anzi già fatti cadaueri, li richiama in vita, li passa in rassegna, e li schiera di nuovo in battaglia. Ma gl'illustri Campioni che in tal Arringo fanno messe di Palme e d'Allori, rapiscono solo che le sole spoglie più sfarzose e brillanti, imbalsamando co' loro inchiostri le Imprese de Precipi e Potentati, e qualificati Personaggj, e traponendo coll'ago finissimo dell'ingegno i fili d'oro e di seta, che formano un perpetuo ricamo di Attioni gloriose». La traducción y las cursivas son nuestras.

En cuanto al papel de la Historia en el campo bíblico, baste por ahora recordar que «es ley primaria en la Historia que lo que se escribe debe ser conforme con los sucesos tal como realmente acaecieron»<sup>8</sup>.

Con esta afirmación la encíclica *Spiritus Paraclitus* intentaba establecer una distinción entre *la ciencia histórica* y *las ciencias físicas* para dar principios, también distintos, al momento de aplicarlas a la labor de la hermenéutica bíblica: es lícito afirmar que las descripciones bíblicas de fenómenos naturales quieren reflejar la realidad tan sólo *como se presentan a los sentidos*, es decir, según su apariencia más que según su naturaleza íntima; no es igualmente lícito afirmar esto respecto de los hechos históricos que se narran en el texto Sacro.

El real acaecimiento de estos hechos es de vital importancia para la fe puesto que «el plan de la revelación» de Dios «se realiza *con palabras y hechos intrínsecamente conexos entre sí*, de modo que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas»<sup>9</sup>.

La finalidad salvífica (cfr. DV 11) que informa al texto Sacro no puede ser invocada en menoscabo de la realidad histórica, puesto que *la verdad* revelada para nuestra salvación está estrechamente ligada a *los hechos* por los cuales Dios quiso revelarnos esas verdades.

---

<sup>8</sup> «...physica in iis versantur quae 'sensibiliter apparent' ideoque cum phaenomenis concordare debent, cum, contra, lex historiae praecipua haec sit, scripta cum rebus gestis, uti gestae reapse sunt, congruere oportere» (EB 457).

<sup>9</sup> DV 2.



Todo lo dicho no descarta ni la consideración de los *modos de decir y contar* propios de la cultura de esos tiempos y lugares (géneros literarios), ni otras consideraciones acertadas que puedan colaborar con la determinación precisa del real porte histórico de los relatos bíblicos. Esto, sin embargo, debe ser asumido en armonía con lo apenas dicho; para favorecer lo cual proponemos algunas ideas a fin de advertir y aclarar algunos puntos cruciales de esta problemática.

### III. ALGUNOS PRINCIPIOS Y CRITERIOS

A modo de principios o líneas directrices proponemos algunas reflexiones que ayudarán a enmarcar los ejemplos que intentaremos exponer debidamente en el punto subsiguiente. Empezaremos de un modo «negativo», si se quiere, para rebatir de entrada una falsa premisa que subyace a tantos ensayos, es decir que «el silencio es negación», que la falta de información permite la negación categórica de la realidad de un hecho. En un segundo momento quisiéramos suscitar la recta estima de los estudiosos hacia las «tradiciones» más veneradas y serias, al menos equilibrando los juicios que dominan respecto de estas; finalmente, consideraremos brevemente la doctrina de los géneros literarios como principio hermenéutico de las Sagradas Escrituras.

#### a. El silencio no es negación

Causa asombro la «seguridad» y la «certeza» que presentan algunas teorías con respecto a sus principios de solución. Se podría hacer el experimento y calcular con cuánta información se cuenta del hecho, personaje o lugar bíblico que se está analizando, y quizás si se llegaría a un 5% del «total». De hecho, se dice bien que uno de los desafíos de este tipo de saberes es el de *trabajar con pocas evidencias* y, desde ellas, intentar reconstruir situaciones o problemáticas muy lejanas a nosotros en tiempo y cultura. Este osado objetivo es lícito y hasta fructuoso siempre y cuando se

entienda que es a menudo imposible de alcanzar y que, por ende, las conclusiones de estas ciencias deberán someterse siempre a las de otras ciencias superiores e incluso, en su propio campo, a la posibilidad de nuevos descubrimientos que obliguen a revisar lo que hasta el momento se afirmaba como seguro.

Vemos, sin embargo, que cada vez con mayor facilidad se presentan como «adquisiciones de la ciencia», como «posiciones cada vez más consolidadas», hipótesis en las que subyace casi inconscientemente el falso principio de que la carencia de información *demuestra* la falsedad, la inexistencia o la deformación de la realidad histórica objetiva a la cual parece querer referirse un texto antiguo «x», en nuestro caso, la Biblia.

Es sobre todo ante estas teorías, especialmente si no salvan las prerrogativas teándricas del texto Sacro, que el exégeta debe cumplir esa *parte de su oficio* que consiste en evidenciar que dichas hipótesis no concluyen *necesariamente*. Es decir, que por muy eruditas, fundadas, convincentes y aceptadas que aparezcan estas teorías, no hay consecuencia necesaria que «empuje» a la inteligencia a asentir, pues siempre se permanece en el campo de la hipótesis<sup>10</sup>.

Y es justamente la visión teándrica la que debe guiar en este filo de montaña: si una determinada teoría se alza contra la recta fe, es contestada recurriendo a las ciencias humanas, en cuanto sea posible, o haciendo uso del «derecho» de no atribuir al mundo hipotético una certeza mayor de la que posee. Lo mismo sea dicho si una teoría de este tipo es despectiva, de modo apriorístico, con respecto a las tradiciones, vehículo también de valiosa información. Por eso, dicho más en positivo, debemos entender además que...

---

<sup>10</sup> Cfr. M. Á. TÁBET, "El uso de las ciencias humanas en la hermenéutica bíblica según la doctrina de santo Tomás", *Euntes Docete* 33 (1980), p. 442-444.

### **b. La tradición es fuente de ciencia**

Aunque faltase el apoyo de los datos arqueológicos y de testimonios escritos, no se puede desatender lo que nos ha sido comunicado por medio de tradiciones orales y populares. Ciertamente que a menudo es más convincente una tradición apoyada por esos valiosos testigos -tan considerados hoy en día-; pero no por eso se justifica ese desprecio sistemático de las tradiciones que llega al punto de equipararlas a leyendas carentes de fundamento en la realidad y producto de la imaginación popular. Por esto suple «tradición» en la mente de muchos pensadores que ponen en tela de juicio todo lo que no cumple con los requisitos de la crítica moderna.

Sin embargo, es preciso revalorizar las tradiciones como fuentes verosímiles y fidedignas para el conocimiento del pasado. El gran valor testimonial que estas poseen se debe sobre todo a la *ininterrumpida* transmisión de un relato, el cual hunde sus raíces en el hecho mismo que atestigua. Puede darse incluso que una tradición conservada oralmente tenga mayor «fuerza» que un testimonio escrito, puesto que seguramente ha sobrevivido a la crítica de un mayor número de receptores ya que en la antigüedad (y hoy día incluso) son mucho más quienes «escuchaban» que quienes «leían». En realidad no debe marcarse tanto la distinción entre tradición y escritura como si la tradición fuera sólo oral y la escritura no fuera tradición. Ambos, lo escrito y lo oral, son tradición, en el sentido que son transmitidos de unos a otros, y entre ambos existe una rica interrelación. Lo que revalidamos acá es la fuerza intrínseca que el testimonio de las tradiciones comporta en sí.

Ha habido, es verdad, tradiciones «desenmascaradas» como las ha habido también «corroboradas». Pero no debe desequilibrarse el juicio queriendo extender una determinada conclusión a la generalidad de los casos. Es preciso, pues, ser *prudentes*, no perder la medida e incluso ser *reverentes*, en especial con respecto a aque-

llas tradiciones más antiguas, más arraigadas, más celebradas y más veneradas. La tendencia actual es la contraria; se quiere «sacar de la somnolencia al pueblo engañado por las fábulas de la antigüedad», y lo único que se consigue es destruir acientíficamente toda tradición, produciendo tanto el escándalo de los débiles como las crisis de fe en los estudiosos que se dejaron infectar de estos modos de proceder. Sí, acientífico, porque la supuesta seriedad con que se pretende trabajar conduce a menudo a establecer límites ilegítimos a las fuentes del saber.

Atención, no se concluya de esto que deba abandonarse el rigor científico y la búsqueda del apoyo de testimonios externos; el error está en desvirtuar la validez de las tradiciones, concediendo al erudito de turno la potestad de señalar los lindes de la ciencia. Quede, pues, recordado el valor que las tradiciones poseen en sí mismas y que, en consecuencia, éstas han de entrar con pleno derecho en los estudios bíblicos.

### **c. Géneros literarios**

Entre los grandes progresos de los últimos tiempos (en crítica textual, filología, arqueología y otros campos de la exégesis bíblica), quizás uno de los más importantes sea el de la atención a los «géneros literarios» presentes en la sagrada Escritura.

En cuanto a la extensión, clasificación e interrelación de los géneros literarios, si bien no hay absoluto acuerdo entre los diversos estudiosos, hay muchos puntos en común que permiten profundizar en sus problemáticas. Sin entrar en teorías ni disputas, puede resultar clarificador hacer una simple distinción entre los «modos de decir» y los «modos de relatar». Podríamos equipararla a la distinción entre *recursos* literarios (que los hay *menores*: comparaciones, metáforas, hipérboles, etc.; y *mayores*: alegorías, parábolas, fábulas, etc.) y *géneros* literarios (prosa, poesía, novela, historia, ensayo, homilía, etc.). A todos estos casos podemos en-

contrar aplicada esta expresión entre los estudiosos bíblicos modernos.

Decíamos que la especulación guiada por estos paradigmas se ha incrementado notoriamente en nuestros tiempos, principalmente en oposición al error que dio a llamarse «fundamentalismo», el cual se aferraba a la *literalidad* del texto descuidando los elementos circunstanciales y por tanto su auténtico *sentido literal*. Pero, de modo casi pendular, el mundo bíblico se ha visto infectado por el exceso opuesto que quiere que la Biblia diga prácticamente lo contrario de lo que dicta una lectura llana. Hay vía libre para las teorías más extravagantes, y aquellas hipótesis que poseen cierto fundamento se quieren alzar como pruebas definitivas e incontestables.

Sin embargo, ante esta proliferación de teorías dogmatizadas, no debemos seguir el movimiento pendular que nos llevaría al extremo opuesto, también erróneo. Se debe dar acogida a los progresos -y buscarlos positivamente-, pero siempre en el equilibrio de una exégesis integral. Por eso la consideración de los *modos de decir* es indispensable para no creer que «te lo dije mil veces» quiera indicar el número exacto de «advertencias», sin pretender tampoco que «comer mi carne» (Jn 6,56) quiera decir simplemente «ser amigos, compartir la mesa».

Hay quienes niegan o ponen en duda muchos relatos bíblicos fundándose en los elementos formales de composición que en ellos se encuentran (frases estereotipadas, esquemas típicos, fórmulas fijas, etc.). Si bien estos elementos pueden darnos indicios considerables en orden a juzgar el valor histórico de los relatos en cuestión, es preciso dejar en claro que la utilización de esquemas y modelos narrativos, es decir, el uso de determinados géneros literarios, no es algo que quite de por sí ningún valor real o consistencia histórica a lo relatado. Piénsese en los avisos fúnebres en donde se encuentran ciertas siglas y frases convencionales («Q.E.P.D.», «Partió a la casa del Padre», etc.), una serie de datos

indispensables (lugar del velorio; cementerio, fecha y horario para el entierro), ciertas fórmulas con esquemas comunes («sus hijos..., su esposa, sus amigos... participan...»). Nadie con buen sentido, al encontrar dichas semejanzas en los múltiples afiches, duda de la verdad de la triste noticia. Si a causa de la utilización del género literario «*aviso fúnebre*» debiera dudarse de la real defunción de una persona, ninguno asistiría a los velorios y los funerales estarían vacíos, lo cual difícilmente sucede; esto muestra que el sentido común sobrevive en el pueblo.

Este ejemplo banal sirva para disminuir en algo el recurso abusivo que se hace a menudo a la doctrina de los géneros literarios en la exégesis bíblica y sobre todo para encauzar su buen uso.

#### IV. UN PAR DE EJEMPLOS ILUSTRATIVOS

Pongamos en consideración dos ejemplos como intento de concretizar lo dicho a través de una lectura teándrica de la problemática bíblica. El primer ejemplo será parte de un tema amplio y candente con respecto al Antiguo Testamento; el segundo, uno más particular y referido al Nuevo.

##### a. La historia del Pentateuco

Los primeros cinco libros de la Biblia nos traen gran parte de la historia que está a la base de la comprensión del designio de Dios sobre el hombre. Existe sin embargo una compleja problemática ligada ya sea a las distancias que nos separan de los hechos y de la puesta por escrito, ya sea a la perspectiva y el modo en que se han expresado estos escritores sagrados.

Mucho se ha escrito al respecto y queda mucho aún por decir. Lo que se ha de evitar es el desequilibrio y la presunción.

Como sentencia segura y que puede introducirnos en la problemática se puede decir que *en el Pentateuco no se halla la Historia*

## HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA BÍBLICAS

*expuesta en el modo en que «modernamente» acostumbramos, pero esto no quiere decir que no se halle de ningún modo.*

Lastimosamente muchos han creído que, a partir de este «principio», es lícito concluir del siguiente modo: «En los relatos bíblicos podrían encontrarse verdades históricas, algún núcleo histórico, aunque en medio de exageraciones, invenciones, errores cronológicos, geográficos, etc., cosa común -dirán estos- en los escritos antiguos». Pero esto es precipitación, deserción y renuncia al estudio auténticamente científico de la Biblia, es decir, renuncia al estudio teándrico.

Ese *modo diferente de relatar* la historia no significa que sea un modo en el que venga involucrado el error pues se perdería así la peculiaridad bíblica de ser inerrante. La timidez imperante a este respecto debe ser sacudida si se quiere conservar la pureza de la fe y la recta razón. «Campo de la Inspiración es toda la Sagrada Biblia; que *a todas sus partes* se derrama el influjo del Espíritu Santo. (...) De donde, no nos es dado dividir la Sagrada Biblia en partes inspiradas y otras que no lo son, pues el efecto y alcance de la Revelación llega aún a los asuntos de carácter profano, no de una manera casual, sino íntima e intencionada. Mas esto no excluye *imperfecciones* en la Sagrada Biblia. De la manera que el Verbo Encarnado, al unirse hipostáticamente a la naturaleza humana, asumió todas las imperfecciones conciliables con la dignidad de la persona divina, así el verbo escrito sufre todos aquellos defectos que no repugnan a la verdad y dignidad del Espíritu inspirador. La Sagrada Biblia está escrita por hombres y destinada a hombres que no poseen órganos aparejados para percibir la plenitud de la luz divina. Y así como el Hombre-Dios no padece quebranto en su dignidad por allanarse a la humana limitación, así tampoco el carácter divino de la Sagrada Escritura queda desvirtuado por la fragilidad de comprensión y de□ciencia de expresión del instrumento humano. De esto se sigue necesariamente la *absoluta infalibilidad* de la Sagrada Biblia, no solo en aquellos

asuntos que atañen a la salvación del género humano, sino también en los profanos»<sup>11</sup>.

Sin embargo, es preciso advertir que se debe andar con pie de plomo al buscar correspondencia entre las fuentes bíblicas y las extrabíblicas de la Historia, como también al buscar la correspondencia entre el relato bíblico y el hecho histórico. Esto porque, si bien «el pueblo de Israel aventajó singularmente a las otras antiguas naciones orientales en escribir bien la historia, así por la antigüedad como por la fiel narración de hechos, méritos que seguramente proceden del carisma de la divina inspiración y del fin peculiar de la historia bíblica, que es religioso», los modos asumidos por Dios para revelarnos las historias salvíficas comportan ciertas diferencias con respecto al modo actual de «hacer» Historia.

Para dar alguna idea de la cuestión, reproducimos una moderada y sucinta exposición (teoría, en rigor<sup>12</sup>) sobre el valor del testimonio bíblico como fuente principal de la historia del pueblo hebreo. Aunque la veracidad de estas fuentes «fue muchas veces puesta en duda, en realidad los descubrimientos arqueológicos que se van haciendo en estos últimos tiempos, no hacen más que confirmar la validez y la profunda adhesión de los hechos que ella cuenta con el ambiente cultural puesto a luz por las

---

<sup>11</sup> I. SCHUSTER – J. B. HOLZAMMER, *Historia bíblica: exposición documental fundada en las investigaciones científicas modernas*, Editorial Litúrgica Española, Barcelona 1946, p. 7.

<sup>12</sup> Recordamos que es una teoría puesto que, de fondo, existe una sistematización de la problemática que ha logrado «imponerse» y que da los parámetros que guían hoy por hoy los razonamientos de los estudiosos. La advertencia es oportuna puesto que estas teorías han visto la luz en ambientes principalmente contagiados de racionalismo, si no totalmente racionalistas. El peligro consiste justamente en su independencia de la visión de fe. La razón que se fía ilimitadamente de la razón humana, es algo absurdo, como absurdo es que la razón humana no se fíe ni se apoye en la razón divina.



excavaciones. Sin embargo, el *carácter histórico de la narración bíblica* no es idéntico para todos los períodos. Para el período de los patriarcas, del éxodo y de la conquista, la narración bíblica se funda sobre tradiciones venerables por la antigüedad aunque fragmentarias. Los redactores que la pusieron por escrito en diversas ocasiones, las reunieron en un solo hilo narrativo, extremadamente simplificado, por razones didácticas y también teológicas, apareciendo así más clara la continuidad de la historia de la salvación. Detrás de esta narración unificada y continua, la crítica literaria se esfuerza por reencontrar las tradiciones subyacentes, de las que resulta que el curso de los sucesos fue en realidad más variado y complejo.

«*Antes que nada* las vicisitudes de los patriarcas dejan entrever que la ocupación de la Palestina estaba ya comenzada al tiempo de los mismos, de parte al menos de algunos grupos familiares, algunos de los cuales quizás no participaron del ingreso en Egipto. *En segundo lugar* no todos los grupos descendieron a Egipto en el mismo tiempo y en las mismas circunstancias. *En tercer lugar* y como consecuencia de eso, el éxodo de Egipto no sucedió del mismo modo para todos: algunos grupos alcanzaron la tierra prometida directamente desde el sur, mientras otros pasaron por las regiones al este del Jordán. El éxodo definitivo, guiado por Moisés, con su sucesiva conquista de oriente, fue considerado con mayor tenacidad por las tribus que hicieron la experiencia y en él confluieron las otras tradiciones, cuando las tribus ya reunidas tomaron más viva conciencia de su fundamentación étnica y especialmente religiosa. Con el período de los Jueces y luego con la monarquía se entra en una posesión de una documentación más directa y la narración histórica aparece trazada con lineamientos más definitivos y más similares a nuestro modo de escribir la historia»<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> *Guida biblica e turistica della Terra Santa*; ed. Italiana, 2008.

Al traer esta hipótesis no queremos manifestar nuestro acuerdo o desacuerdo (que ciertamente ni uno ni otro son absolutos), sino tan solo destacar el modo de plantear la cuestión: remarcar la diversidad en cuanto a la intención histórica o en cuanto a las perspectivas que han tomado diversos relatores con respecto a un mismo hecho, es algo lícito y necesario para la exégesis. La solución concreta que se da a este fenómeno es otra cuestión que necesita un nuevo discernimiento.

Desgraciadamente, el aire de suficiencia que se respira por doquier, expone las ideas de tal modo que no se salva la inspiración bíblica ni sus principales consecuencias, ya sea porque es totalmente excluida o, peor aún, es incluida parcialmente, es decir, *con mayor falsedad*, según lo dicho por Chesterton de que «la falsedad nunca es tan falsa como cuando es casi verdad»<sup>14</sup>.

Alguno dirá que la inspiración bíblica no se «juega» más que en las verdades salvíficas (torciendo la interpretación de *Dei Verbum* 11<sup>15</sup>) o deformará el concepto mismo de verdad copiando viejos y nuevos intentos de reformulación<sup>16</sup>.

---

<sup>14</sup> CHESTERTON, *Santo Tomás de Aquino*, cap. III.

<sup>15</sup> Porque en el texto definitivo de la *Dei Verbum* no se habla de *inerrancia* (aunque se dice claramente «*sin error*»), muchos han querido ver un cambio de doctrina respecto del Magisterio anterior; otros han querido ver una restricción de la inerrancia a las verdades de fe y moral apoyados en la expresión *salutis nostrae causa*. Tábet explica que el texto definitivo acoge un pedido de modificación con respecto a los últimos esquemas de la Constitución. Los redactores, aunque han aclarado que no había intención de cambiar doctrina, han admitido, para evitar malas interpretaciones, la propuesta de cambiar el sintagma *veritatem salvificam* por una proposición de relativo con **valor atributivo y explicativo**, no determinativo o restrictivo: «*Scripturae libri veritatem, quam Deus nostrae salutis causa Litteris Sacris consignari voluit, firmiter, fideliter et sine errore docere profitendi sunt*». En conclusión: no es que sólo las verdades salvíficas carecen de error sino que toda la Biblia está libre de error por ser inspirada por Dios y, consecuentemente a su carácter inspirado, toda la Biblia, en todas sus partes, es salvífica, aunque

Realizada esta operación, no habrá mayor dificultad para que los estudiosos crean lícito concluir, por ejemplo, que «la historia de los Patriarcas no existió nunca y que todo se debe a una invención, bellísima, sí, del deuteronomista, que creó toda esta historia para darle una identidad al pueblo judío»<sup>17</sup> o que «la saga histórica contenida en la Biblia, desde el encuentro de Adán con Dios y de su viaje para llegar a Canaán, hasta Moisés y la libera-

---

algunas partes lo sean «indirectamente» en cuanto que, aún siendo elementos «no salvíficos» en sí, forman parte del texto sacro inspirado por Dios. Cfr. M. Á. TÁBET, «La sacra Scrittura nel Catechismo della Chiesa Cattolica», *Ann. Theol.* 7 (1993); M. Á. TÁBET, «Il senso letterale e il senso spirituale della Sacra Scrittura: un tentativo di chiarimento terminologico e concettuale», *Ann. Theol.* 9 (1995) 3-54.

<sup>16</sup> A la base de muchos autores se encuentran -más o menos explícitamente- las teorías del pensador alemán Hans-Georg Gadamer, cuya obra principal es *Verdad y Método*. Hallamos en Gadamer un rebrote del *pensamiento débil* sostenido con estructura alemana y cargado de honores y aplausos. Pasado el fulgor del iluminismo, del positivismo y de la «ciencia rigurosa» (piénsese en el monopolio que el método histórico-crítico había alcanzado décadas atrás en campo bíblico), hoy por hoy existe una fuerte tendencia a desligar la *verdad del método* científico. Gadamer hablará contra «los fanáticos del método» proclamando la *universalidad de la hermenéutica*, es decir, que todo debe ser interpretado, visto desde una perspectiva particular, y *el diálogo* se transforma en valor supremo, origen fontal de la verdad. Él defiende su *filosofía hermenéutica* de la acusación de negar «la racionalidad metodológica» pero «*su metafísica*» -fraguada en ambiente hegeliano, heideggeriano, jaspersiano, etc.- quita el fundamento a la objetividad del conocimiento pues está muy lejos de ser una metafísica del ser. Cfr. “Autopresentación de Gadamer” en GADAMER, H.-G., *Hermenéutica, Estética e Historia, Antología*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2013, p. 38-39.

<sup>17</sup> Este es el modo «moderno» en que se expresan estudiantes y profesores de exégesis bíblica. Decía Castellani: «Por supuesto que estos teólogos no lo dicen en la forma brutal en que lo he puesto: son de mucho talento y aún dicen muchas cosas buenas; incluso yo diría que todo lo que dicen es bueno pero no es bueno el enfoque general: la “connotación” como dicen los lógicos» (CASTELLANI, L., *Domingueras Prédicas*, Jauja, Mendoza 1997, p. 267-8). Lamentablemente los exégetas sí lo dicen en «la forma brutal» que he puesto.

ción de los hijos de Israel de la esclavitud y el ascenso y decadencia de los reinos de Israel y de Judá, no fue una revelación milagrosa sino un producto genial de la imaginación humana»<sup>18</sup>. Alguno creerá que son ciertas y demostradas todas estas teorías, pero no. Todo responde a puntos que se han establecido más o menos convencionalmente para decir qué es científico y qué no. Y de este común acuerdo pareciera quererse despertar a los hombres del sopor de los antiguos mitos. Así, aplicando estos paradigmas a diversos lugares, se querrá negar la existencia de los patriarcas, del pecado original, de las epifanías divinas y, sobre todo, de todo hecho que reclame para sí la nota de milagroso.

De esto hay mucho hoy en día; por eso urge conservar siempre clara la verdad de que por estos libros podemos llegar al conocimiento objetivo de la historia del Pueblo elegido. Es cierto que deberemos considerar atentamente los aspectos humanos del relato a que hemos hecho mención, pero con una armónica vigilancia de su carácter inspirado.

Con respecto a la *síntesis teológica* que presentan muchas narraciones bíblicas podemos traer a consideración lo que escribe D'angelo Rodríguez refiriéndose a la Historia, al oficio de escribir Historia, incluso profana, y al hombre común, al lector de esa Historia escrita por profesionales:

«La comprensión de la Historia es un asunto arduo. Exige conocimiento de los hechos, dominio de los principios que permiten interpretarlos y una cierta sensatez para realizar la unión de los principios con los hechos.

---

<sup>18</sup> FINKELSTEIN, I. – SILBERMAN, N. A., *Le tracce di Mosè, la Bibbia tra storia e mito*, Carocci, Roma 2011, p. 13. El título original del libro (en inglés) es: *La Biblia desenterrada: una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*.

## HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA BÍBLICAS

Pero estas exigencias son prescriptivas para aquellos que escriben la historia, para los historiadores profesionales.

El hombre común se encuentra ante la necesidad de comprender el pasado y, al mismo tiempo, con la falta de conocimiento detallado de los hechos, que hemos señalado como la primera condición.

Por eso no tiene más remedio que manejarse con grandes esquemas interpretativos, con un armazón de grandes hechos que le permitan al menos una primera aproximación. El primer riesgo es, claro, quedarse con esos esquemas como si fueran la verdad histórica misma, sin necesidad de mayores precisiones o matizaciones.

Los esquemas, en verdad, tienen que cumplir las condiciones de una síntesis hecha con buena fe y eludir los riesgos de una falsificación y de la mala fe. Lo que equivale a decir que el que dibuja un esquema tiene que ser capaz de contener en él todos los grandes hechos y no esquivar aquellos que parecen contradecir su tesis. Cuando se fuerzan los hechos para hacerlos entrar en las ideas preconcebidas, cuando se barren bajo la alfombra datos esenciales, allí entramos en el terreno de la falsificación, la eterna Scilla que amenaza al historiador.

Objetividad y subjetividad no tienen nada que hacer aquí. Desde los ángulos más opuestos de la interpretación histórica se ha descalificado a la “objetividad” como el logro imposible para el *sujeto* historiador. *El abuso*

*comienza, claro, cuando se confunde subjetividad con mala fe*<sup>19</sup>.

En los relatos bíblicos, que son «humanos», estas consideraciones son importantes, recordando sin embargo que también son «divinos» y por lo tanto el carisma de la inspiración imprime sus huellas en ellos.

A este respecto dicen Schuster y Holzammer, comparando la Historia profana con la Sagrada: «También la historia del antiguo Oriente estaba dominada por el concepto religioso y la tendencia nacional; pero la fe estrictamente monoteísta de Israel hizo posible una síntesis histórica, tan superior a las demás como lo es la religión hebrea a la mitología y al paganismo»<sup>20</sup>.

Remarcamos finalmente que escribir la Historia *desde un cierto punto de vista* (subjetivismo -que dice D'angelo Rodríguez-, el cual «no se opone a la buena fe») y *con una determinada finalidad didáctica* (pragmatismo religioso) no se opone en nada a la verdad histórica de los relatos:

«La historiografía bíblica se halla informada de tendencia y concepto religiosos (pragmatismo) que constituyen el carácter esencial de la Sagrada Escritura y le asignan un puesto peculiar en la literatura mundial. Bien lo advirtió la tradición judía, por lo que a los libros de Josué, de los Jueces y Reyes llamó “profetas anteriores”. Los Doctores de la Iglesia vieron en este carácter profético (didáctico religioso) de las narraciones sagradas una ventaja que garantiza su verdad histórica y su valor didáctico. En él se apoyan, por el contrario, los

---

<sup>19</sup> A. D'ANGELO RODRÍGUEZ, “Hillaire Belloc, su mundo y su obra, setenta y cinco años después”, estudio preliminar de B. HILLAIRE, *Sobrevivientes y recién llegados*, Pórtico, Buenos Aires 2004, pp. 10-11.

<sup>20</sup> SCHUSTER – HOLZAMMER, *Historia bíblica*, p. 25.

## HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA BÍBLICAS

críticos modernos para poner en tela de juicio la credibilidad de los Sagrados Libros. Pero sin razón. La narración bíblica quiere ser verdadera historia, aunque no en el sentido de la crítica moderna. El historiador profético expone lo que Dios ha hecho por su pueblo y la conducta de Israel con su Señor, con el fin de enseñar, mover a virtud y piedad, amonestar y precaver. En consonancia con tan elevado objeto escoge el asunto, esclarece y relaciona los hechos, habla como un “hombre de Dios”, juzga los acontecimientos desde el punto de vista del gobierno divino del mundo y de la ley de Dios y describe la intervención divina en la historia; y es tan directa esta intervención como la que a cada paso nos muestra la Sagrada Escritura hablando de los fenómenos naturales, sin negar por ello o excluir la acción de las causas segundas.

Lo que en la historia crítica es de capital importancia -acopio de materiales, exactitud y verificación documental de todos los pormenores, relaciones que guardan los hechos entre sí, estudio del ambiente de la época-, la tiene muy secundaria y aun llega a faltar en la historia bíblica. En cambio, la investigación e historiografía críticas, especialmente en nuestros tiempos, prescindan de lo que es fundamental en la Biblia: el pragmatismo religioso. Mas éste es compatible con la verdad y veracidad históricas, como lo prueban las pinceladas con que los autores sagrados nos descubren las sombras de la historia de Israel y los flacos de sus grandes hombres. Esto no es dudoso para quien admite la Inspiración y cree que Dios ha hablado por boca de los profetas. Pero, aun humanamente considerado, es evidente que el pragmatismo religioso no está en pugna con el método crítico. Ambos pueden garantizar igualmente la verdad de la historiografía. “Si dos historiado-

res, profano el uno e inspirado el otro, se propusieran escribir la historia de Israel con los mismos materiales, es indudable que el cuadro del uno diferiría grandemente del que el otro nos pintara; y esto no obstante, a ninguno podríamos culpar de error. Esforzándose el primero en descubrir el nexo de los acontecimientos, sus causas y efectos, sus motivos y consecuencias y en darnos una idea cabal de la historia de aquel pueblo. Y mientras este historiador con todo su aparato crítico no lograría rebasar el marco de los hechos visibles y de su conexión natural, el segundo, dejando todo esto de lado como cosa de poca monta y ajeno a su negocio, llegaría a descubrir en los sucesos naturales el dedo del Dios de la Revelación, el cual muestra su actividad guiando y reprimiendo con premios y castigos. ¿Cuál de las dos síntesis ofrece mayor garantía de infalibilidad, descubre verdades más sublimes y merece mayor estima? Evidentemente aquella que *no se fija en las causas segundas por más ampliamente que se conozcan, sino que se remonta a las primeras y altísimas*. Es claro que la síntesis histórica perfecta sería aquella que uniese en sí ambas formas de exposición; pero el historiador profano nunca podrá presumir de haber alcanzado este ideal” (Redemacher)»<sup>21</sup>.

## **b. Emaús**

El segundo caso que ponemos es el de la localización de Emaús, ciudad mencionada en Lc 24 en donde se señala una *distancia*: 60 estadios de Jerusalén (11 kilómetros).

---

<sup>21</sup> SCHUSTER – HOLZAMMER, *Historia bíblica*, p. 24..



## HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA BÍBLICAS

Como antes y después de Cristo la fisonomía de la Tierra Santa ha atravesado diversas mutaciones (debido sobre todo a las sucesivas dominaciones), la localización de los lugares bíblicos a menudo se ha encontrado frente a grandes dificultades e incertidumbres propias de estos asuntos.

¿Cómo se intentan determinar los «lugares santos»? En muchos casos esta localización ha sido conservada y transmitida gracias a tradiciones inmemoriales que en su mayoría son auténticas y que poseen, como hemos dicho, ya *en sí mismas* gran valor testimonial. Sin embargo, esta fuerza intrínseca de las tradiciones ha venido muchas veces corroborada por medio de *testimonios externos* ofrecidos por las diversas ciencias que dicen relación con la Historia. En este sentido, las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en los lugares santos, han ayudado a discernir la autenticidad de una tradición (aunque debe advertirse que estos descubrimientos difícilmente tengan la última palabra, por ofrecer siempre información fragmentaria y en cierto sentido provisoria).

Respecto al «método de excavación» afirma Wright que «puede sintetizarse de la manera siguiente: Mediante la exploración externa, el excavador ha localizado el montículo o *tell* donde desea excavar y ha reunido los medios necesarios, que incluyen un equipo adecuado, instrumentos de medición, picas, espuelas, libros de inventario, etc. Contrata obreros y comienza a excavar. A poca profundidad suele encontrar muros de antiguos edificios. Los desentierra poniendo especial atención en los niveles del suelo que separan unos objetos de otros. El montículo está compuesto de varios estratos o niveles de edificación: uno bajo, otro hasta llegar al suelo virgen o rocoso, y es de importancia vital distinguirlos. Las varias habitaciones o sitios de los hallazgos se enumeran, se dibujan en planos y se fotografían. Cada uno de los objetos descubiertos se etiqueta y se registra a fin de no olvidar el nivel y el lugar donde se halló. Los objetos que están fuera de lugar por haber caído desde arriba o subido desde abajo deben ser identificados en la medida de lo posible. Así, cuando se ter-

mine el trabajo, los planos y las notas permitirán reproducir sobre el papel la localización original de cada cosa. Este es en resumen el método estratigráfico, que consiste en excavar por niveles o estratos y recoger los objetos hallados en cada estrato»<sup>22</sup>.

Así, por ejemplo, en el lugar donde se decía que Cristo había conferido el primado a Pedro (Jn 21,1-19), se había construido en el siglo IV una basílica, bizantina por cierto, cuyos restos fueron descubiertos en 1968, año en que se inicia la construcción de la iglesia que hoy protege dichas ruinas. O de la roca sobre la cual Cristo entró en agonía, se sabe que era venerada ya en el siglo III; Eusebio de Cesarea, San Jerónimo y la peregrina Egeria dan también sus testimonios al respecto. Son los franciscanos quienes en 1966 compran el terreno y, al realizar las excavaciones, encuentran los restos de una iglesia del siglo IV, testimonio valioso y antiquísimo de una veneración especial del lugar por parte de los cristianos.

Del mismo modo, cada caso con sus matices propios, se determinan los demás lugares ligados a la Historia sagrada. En las excavaciones que se han realizado, por ejemplo, en sitios señalados por la tradición cristiana, se ha descubierto generalmente un primer estrato de *tiempo cruzado* que cubre y «protege» aquel más profundo y antiguo de *tiempo bizantino*.

Son muchos los ejemplos de este tipo, pero detengámonos brevemente en el caso de Emaús<sup>23</sup>.

---

<sup>22</sup> G. WRIGHT, *Arqueología Bíblica*, Cristiandad, Madrid 2002, p. 120.

<sup>23</sup> Seguimos libremente el artículo de PEREIRA, C., “Emaús: mística, arqueología y transmisión oral”, *Diálogo* 60 (2011), p. 65-80. El autor afirma que ha elegido este lugar santo tan particular porque en él «se lleva a cabo quizás como en ningún otro, la conjunción de todos estos factores: el místico, el arqueológico, y aquel que hace relación a la verdadera “*traditio*” (transmisión) evangélica». Id. p. 65.

Actualmente existen más de cuatro hipótesis de localización de dicha ciudad. Una de las tradiciones más fuertes es la de *Emaús El-Qubeibe*, custodiada por los franciscanos y en la que se descubren los restos de la antigua ruta romana y los de la casa de Cleofás y Simón (esta tradición identifica al «otro discípulo» con Simón, uno de los 72 discípulos e hijo de María de Cleofás, identificado este último con el Cleofás del Lc 24). Esta localización cuenta a su favor sobre todo con el hecho de estar a la distancia indicada por el texto lucano, de 60 estadios. Si debiera descartarse que esta fuera la auténtica Emaús referida por Lucas, es de notar que la tradición respecto de este lugar dice que es esta la casa de Cleofás, lo cual no implica necesariamente que allí se haya dado el encuentro con el Señor<sup>24</sup>.

La otra gran contendiente es *Emaús Nikópolis*. Esta localización de Emaús fue señalada por la mística árabe y carmelita, santa María de Jesús Crucificado, que, pasando por allí, pidió se detuviera la caravana y metiéndose en un terreno baldío afirmó que era el lugar donde el Señor había comido la cena con los discípulos. El lugar señalado por la santa se hallaba en la localidad de Latrún-Amwas (nótese el parecido fonético de Amwas con Emaús) a más o menos 175 estadios de Jerusalén. Allí los arqueólogos dominicos han identificado al menos tres niveles que testimonian edificaciones de culto cristiano: una basílica cruzada del siglo XII, una bizantina del siglo V y el así llamado «edificio romano», siempre un templo cristiano, del siglo III.

Por otra parte, Emaús aparece nombrada tres veces en la Biblia: una vez en Lc 24 y dos veces en el Antiguo Testamento, referidas a una victoria macabea (1Mac 3,57;4,3) lo cual podría explicar el nombre de Nikópolis (ciudad de la victoria) aunque se debe notar que el nombre le fue dado recién en el siglo III d.C.

---

<sup>24</sup> Así podría conservarse la tradición custodiada por los franciscanos y aquella custodiada por los dominicos.

La descripción geográfica que da la Biblia en estos lugares podría también corresponder perfectamente a la geografía de la zona de Latrún.

Permanece empero el problema de la distancia, muy lejana a los 60 estadios del texto bíblico. Sin embargo, hay importantes manuscritos que dicen 160 estadios (más cercano a los 175 de Nikópolis) en lugar de 60. Pero incluso sin recurrir a la crítica textual, es decir, aún conservando el número de 60 estadios, hay estudiosos de la transmisión oral de los evangelios (que precede y subyace a su puesta por escrito en griego) que han encontrado serios argumentos en su campo a favor de la autenticidad de Emaús Nikópolis. Si se supone el arameo que está a la base del griego (los testigos oculares y los primeros transmisores de los hechos hablaban esta lengua) se puede aplicar el adjetivo «distante» a distintos sujetos. El griego, que tiene casos, no deja lugar a dudas que «distante», en acusativo, se refiere a la «villa», que también está en acusativo. Pero el arameo, que no tiene casos, permite que pueda entenderse «distante» ya sea de la «villa» como de los «discípulos» (de hecho las consonantes son las mismas para el singular y el plural, y las vocales tienen una colocación muy tardía y que podría haber sido influenciada por el texto mayoritario griego). En esta hipótesis son los discípulos (y no la villa) los que se encuentran a 60 estadios de Jerusalén. Es interesante observar que justamente a esa distancia de Jerusalén se sabe que se encontraban dos caminos que conducían desde Jerusalén hacia nuestra Emaús. En ese cruce de caminos, a 60 estadios de Jerusalén, Cristo habría encontrado a los discípulos y habrían caminado hasta la villa en que comieron la cena y lo reconocieron al partir el pan.

Finalmente es necesario dar algún juicio sobre el valor que la revelación de la santa posee en esta problemática. Creemos que la misma tiene un importante valor testimonial y, por tanto, puede dársele cabida; aunque creemos también que no debería acudirle sin más a ella para zanjar la cuestión, puesto que los fenómenos

místicos deben ser considerados con extrema cautela, lo cual depende en definitiva del juicio de la Iglesia. Lo cierto es que es una revelación hecha a una grande mística y que ha contado y cuenta con los apoyos que hemos mencionado y que, por ende, está apuntalada por fuertes motivos de credibilidad.

### V. CONCLUSIONES

Para finalizar estas breves reflexiones sobre la Historia y la Arqueología bíblicas hagamos algunas consideraciones a modo de conclusión.

#### a. Fiel transmisión de los hechos

El intelectual moderno parece querer tomar la Biblia de la soplata y recriminarle sus oscuridades exigiéndole violentamente las respuestas a sus propios interrogantes. Pero esto no es ciencia; esto es curiosidad insana y antojo pueril, siendo benévolos.

La «duda metódica» cartesiana -y el consecuente subjetivismo- no pueden ser puntos de partida lícitos en ningún campo del saber humano. Si quisiéramos entronizar la *razón y la evidencia* como reinas absolutas del saber humano, las destronaríamos cada vez que recurriéramos a la *fe humana* de cuya ayuda se sirven constantemente las ciencias en su progreso. Que el dinamismo y el avance de la ciencia sean favorecidos por el recurso a la fe humana es algo que está «demostrado». De hecho es un dato de experiencia universal que, por ejemplo, lo recibido por el testimonio de otros (lo que nos cuentan nuestros padres, maestros, manuales, libros, etc.) es a menudo fuente de conocimiento objetivo y cierto a partir de los cuales es lícito y eficaz seguir profundizando.

Si esto sucede cuando se acude a la fe humana, cuánto más cuando aceptamos con fe sobrenatural los misterios revelados basados en la autoridad de Dios que revela.

Y en este sentido la Biblia es doblemente fuente de certezas sobre todo a causa de su origen divino-humano: en efecto, es un texto escrito *por hombres* los cuales escribieron bajo el influjo del carisma de la *inspiración bíblica*. Por su origen divino se excluyen el error, la mentira y el engaño -dentro del fenómeno mismo de la inspiración-, y considerada incluso en su vector humano, la Biblia aventaja en mucho a las otras «fuentes», sean profanas o religiosas, las cuales sin embargo son aceptadas sin tantas «exigencias» y hasta usadas sonoramente con la pretensión de querer poner en jaque al texto sacro.

En el campo de la crítica textual, piénsese que de la conocidísima *Guerra de la Galia* se conservan sólo nueve manuscritos, de los cuales el más antiguo es nueve siglos posterior a Julio César, su autor. Apabullante es la diferencia que el nuevo Testamento presenta en este aspecto; de hecho, sus miles de manuscritos, algunos de los cuales muy cercanos al tiempo de composición, dan el texto más «seguro» de la literatura antigua, quedando sólo un 6% en manos de la crítica textual y con minúsculas dificultades teológicas -solubles todas estas con textos paralelos libres de problemas críticos-. Semejante ventaja saca el Antiguo Testamento a sus contemporáneos, por lo que no cabe duda que, si bien subsisten y subsistirán siempre diversas dificultades, el texto bíblico es una fuente seria y autorizada de los hechos que relata y es, por tanto, fiel vehículo de transmisión de la historia salvífica.

## **b. Lo esencial es claro**

Lo necesario para nuestra salvación es fácilmente «alcanzable» para cualquier inteligencia, más allá de que Dios haya querido envolver esta revelación con alguna sombra, ya dijimos porqué.

Si el *Via Crucis* partió desde un lugar u otro de Jerusalén, podría estudiarse e investigarse; pero que Cristo padeció y llevó su propia cruz para morir por nuestros pecados en un lugar llamado

Calvario, no se puede dudar, aunque el historicismo escéptico lo haya hecho.

Los que excusan su sumisión a Cristo y a la Fe católica por estas dificultades siempre presentes («contradicciones», «errores», «sinsentidos» dirán ellos), suelen alejarse lo más posible de las tantísimas evidencias que las cuestiones más importantes presentan. No hay honestidad -y mucho menos humildad- delante de la revelación hecha por Dios en Cristo y su Iglesia; y por eso es que la rica y compleja interrelación entre fe y razón es descuidada y relegada al campo devocional, cuando es, en realidad, el punto neurálgico del más profundo y verdadero saber humano.

Y si decimos que lo esencial es claro y seguro, no estamos afirmando que en lo accidental o secundario pueda bajarse la guardia. Tanto lo esencial como lo accidental de la Biblia poseen el carácter de inspirado y por tanto tienen a Dios como verdadero autor, con todo lo que ello implica. Lo que queremos señalar acá es el vigor y sólido fundamento que posee la *certeza de nuestra fe*, la cual se conserva intacta, incluso si sobrevivieran ciertas dificultades en su entorno.

### **c. Importancia de la investigación en estos campos**

La urgencia de estas labores depende en parte de la obligación de defender nuestra Fe de los ataques que recibe hoy en día, como los ha recibido siempre. Pero no es esto lo principal. Tanto la profundización en los misterios revelados en sí mismos, como la seria atención a todos los «soportes materiales» por los que estos nos fueron transmitidos, brotan de la inmutable convicción de que existe una perfecta *armonía entre las verdades de orden natural y aquellas de orden sobrenatural*, convicción tal que impele a rechazar tanto el engreimiento cientificista como la incuria fideísta. Es en esta dirección que la inteligencia del creyente se lanza a la búsqueda de todos los testimonios que hablen de la historia de la Salvación, incluso aquellos más materiales y accesorios, como

puede ser el de la localización más o menos precisa de un lugar sagrado.

En la valoración de las ciencias humanas, entonces, hay dos extremos que evitar: el pesimismo escéptico y el frenesí cientifista<sup>25</sup>. El exégeta debe conservar el equilibrio y eliminar con la virtud estos dos excesos.

Castellani aventura la difícil definición del exégeta como:

*«vir bonus discendi peritus*

*–hombre bueno y siempre aprendiendo»*<sup>26</sup>.

Es necesario entonces conservar la mente siempre abierta para no precipitar el juicio ante cuestiones que poseen una complejidad mayor de la que podríamos sospechar, sin caer por esto en la negación de toda posibilidad de conocimiento objetivo de la realidad.

En Historia y en Arqueología se puede fácilmente hacer el ridículo, sobre todo cuando se expresan las hipótesis de modo que dejan de ser tales para querer imponerse como verdades irrefutables, indiscutibles<sup>27</sup>. Pero el ridículo no se quita rechazando el

---

<sup>25</sup> Las cuatro acepciones que da el *DRAE* de «cientificismo» son las siguientes: 1. Doctrina según la cual los métodos científicos deben extenderse a todos los dominios de la vida intelectual y moral sin excepción. 2. Teoría según la cual los únicos conocimientos válidos son los que se adquieren mediante las ciencias positivas. 3. Confianza plena en los principios y resultados de la investigación científica, y práctica rigurosa de sus métodos. 4. Tendencia a dar excesivo valor a las nociones científicas o pretendidamente científicas.

<sup>26</sup> CASTELLANI, L., *Los papeles de Benjamín Benavídez*, Dictio, Buenos Aires 1978, p. 181.

<sup>27</sup> Sirva el ejemplo del ya citado arqueólogo Israel Finkelstein que propone (impone mejor dicho) una comprensión «revolucionaria» de la historia bíblica veterotestamentaria, amparándose en descubrimientos e hipótesis que él mismo reconoce ser fragmentarias, provisorias y convencionales. El tono dogmático de sus aseveraciones es característico de algunos científicos de su



auxilio que estas ciencias pueden darnos. Se quita poniendo estas ciencias en su lugar. Dándoles su lugar y poniéndolas en su lugar.

El exégeta debe por tanto basarse en la certeza que sus conocimientos le dan, sin olvidar jamás que no se identifican *certeza* y *verdad*. Puede uno estar muy cierto de sus saberes y no estar en la verdad. Sin embargo, el progreso de la inteligencia no exige necesariamente una certeza metafísica en todo momento ya que ella, la inteligencia, puede lícitamente avanzar en sus esfuerzos basada en certezas físicas y morales, incluso morales probables<sup>28</sup>, como sucede en muchos de los asuntos tratados por las ciencias que principalmente hemos mencionando en este artículo.

### **d. Queda aún mucho por hacer en vistas de una exégesis teándrica**

Todo el esfuerzo que hemos realizado para expresar de modo más o menos claro lo que en definitiva no es otra cosa que la problemática de la *relación entre la ciencia teológica y las ciencias humanas*, no ha querido tratar eruditamente las cuestiones que hemos mencionado, sino tan sólo proponer algunas líneas de reflexión advirtiendo diversos errores y denunciando ciertos peligros de los que es necesario guardarse.

La maduración de dichas consideraciones y su recta utilización al momento de emprender investigaciones en los diversos campos de los estudios bíblicos, es algo sobre lo que aún hay que trabajar tenazmente.

El *paradigma teándrico*, que consideramos el más adecuado para la exégesis bíblica, no ha encontrado aún el lugar que le corresponde. Esto quizás se deba a la crisis de fe que atraviesa el mundo

---

talle y porte, cuyas grandes elucubraciones suelen difundirse por doquier en formato de píldoras. Cfr. op. cit.

<sup>28</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.* II-II, q. 70, a. 2.

moderno, al apabullante «discurso cultural dominante», a la negligencia, incapacidad o cobardía de los hombres de fe, o a la pertinaz astucia de los que atacan la fe, etc.

Sea cual sea la causa, lo cierto es que queda aún mucho por hacer, y es éste el camino que hay que intentar recorrer, asumiendo sin temor los auténticos progresos de la ciencia y cumpliendo el difícil oficio de defender y exponer la doctrina cristiana sirviéndose de la fe y la razón, que «son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se levanta hacia la contemplación de la verdad»<sup>29</sup>.

## APÉNDICE

Terminamos estas reflexiones transcribiendo un enriquecedor texto de la *Divino Afflante Spiritu* (nn. 23-25) de S.S. Pío XII, en que se hace referencia a las cuestiones espinosas y arduas que han de estudiar los exégetas. Si no leyéramos el Magisterio de la Iglesia con una *hermenéutica de la continuidad*, nos pondríamos a nosotros mismos como magisterio supremo, con el peligro de considerar nuestras intuiciones como nuevas y de hacernos incapaces para aprovechar perlas como estas.

Escribía el Sumo Pontífice:

«Por la tan avanzada exploración de las antigüedades orientales de que hemos hablado, por la más cuidadosa investigación de los mismos textos originales, por un más amplio y diligente conocimiento de las lenguas bíblicas y de todas las otras orientales, felizmente, con el auxilio de Dios, se ha logrado que no pocas cuestiones que, en tiempo de Nuestro Predecesor, de ilustre memoria, León XIII, suscitaban los críticos ajenos a la Igle-

---

<sup>29</sup> JUAN PABLO II, *Fides et Ratio*, Proem.

## HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA BÍBLICAS

sia y hasta hostiles a ella contra la autenticidad, antigüedad, integridad y fidelidad histórica de los Libros Sagrados, hoy han quedado eliminadas y resueltas. Los exegetas católicos, usando rectamente las mismas armas de la ciencia, de que no pocas veces abusaban los adversarios, de una parte han hallado interpretaciones conformes a la doctrina católica y al genuino sentir de nuestros mayores, y de otra parecen haberse al mismo tiempo capacitado para resolver las dificultades que las nuevas exploraciones o los nuevos hallazgos suscitaran o las que, para su resolución, dejó la antigüedad a nuestra época. De ahí ha resultado que la credibilidad de la Biblia y su valor histórico, debilitados hasta cierto punto en algunos a causa de tantos ataques, hoy se hallan plenamente restablecidos entre los católicos por completo; y hasta no faltan escritores, aún no católicos, que después de investigaciones emprendidas con sobriedad y ecuanimidad han llegado a abandonar los prejuicios de los modernos para volverse, siquiera en algunos puntos, a las antiguas sentencias. Esta gran mudanza se debe, por lo menos en gran parte, al incansable trabajo con que los expositores católicos de las Sagradas Letras, sin atemorizarse ante dificultades y obstáculos de todo género, han puesto todo su empeño en procurar que de todo cuanto las investigaciones de la erudición moderna proporcionaban ya en el campo de la arqueología, ya en el de la historia y la filología, se hiciera un cumplido uso para la solución de las nuevas cuestiones que se ofrecían.

Nadie, pues, se admire de que todavía no se hayan vencido y resuelto todas las dificultades, y de que aún queden hoy graves cuestiones que agitan no poco la mente de los exegetas católicos. Mas no hay que acobardarse por ello; no se olvide que en las humanas dis-

ciplinas acontece algo muy semejante a lo que sucede en las cosas naturales -que, luego de comenzadas, crecen poco a poco, y sólo después de muchos trabajos se recogen los frutos. Así ha sucedido precisamente en ciertas cuestiones que en los tiempos pasados no habían sido resueltas y estaban como en suspenso, pero, al fin, con el progreso de los estudios han sido felizmente resueltas en nuestros tiempos. Lo cual da esperanza de que también aquéllas, que hoy parecen las más complejas y difíciles, mediante un esfuerzo constante llegarán algún día a quedar plenamente aclaradas. Y si la resolución se retrasare largo tiempo y el feliz éxito no nos sonríe a nosotros, sino que acaso se reserva para los venideros, nadie se irrite por ello, pues justo es que también a nosotros nos toque lo que ya en su tiempo advirtieron los Padres, y principalmente San Agustín: que Dios, de intento, sembró de dificultades los Libros Sagrados por él mismo inspirados, así para que nos excitásemos más intensamente a leerlos y a escudriñarlos como para que, al experimentar suavemente los límites de nuestra inteligencia, nos ejercitáramos en la debida humildad. Ni sería tampoco de admirar si en alguna que otra cuestión no se llega nunca a una solución plenamente satisfactoria, porque muchas veces se trata de cosas oscuras y demasiado remotas de nuestro tiempo y experiencia, y también porque la exégesis, como las más graves disciplinas, puede tener sus secretos que, inaccesibles a nuestros entendimientos, con ningún esfuerzo logremos -los hombres- descubrir.

Pero en tal estado las cosas, el intérprete católico, llevado de un fervoroso amor a su profesión y de una sincera devoción a la Santa Madre Iglesia, jamás debe abstenerse de acometer una y otra vez las cuestiones difíciles no resueltas, no sólo para rebatir lo que opongan

los adversarios, sino también para intentar una solución que concuerde fielmente con la doctrina de la Iglesia y principalmente con lo que ella enseña acerca de la absoluta inmunidad de todo error en las Sagradas Escrituras, y que satisfaga también debidamente a las conclusiones ciertas de las disciplinas profanas. Y tengan presente, todos los hijos de la Iglesia, que los conatos de esos valientes operarios de la viña del Señor deben juzgarlos no sólo con justicia y ecuanimidad, sino también con suma caridad, y deben estar muy lejos de aquel celo no muy prudente que pretende se haya de rechazar todo lo nuevo por nuevo o tenerle a lo menos por sospechoso. Y tengan, en primer lugar, ante los ojos que en las normas y leyes dadas por la Iglesia se trata de la doctrina tocante a las cosas de fe y costumbres, y que de lo mucho que en los Libros Sagrados, legales, históricos, sapienciales y proféticos se contiene, son muy pocas las cosas cuyo sentido haya sido declarado por la autoridad de la Iglesia y no son tampoco más aquellas en que unánimemente convienen los Padres. Quedan, pues, muchas y muy graves cosas en cuyo examen y exposición puede y debe ejercitarse libremente el ingenio y la agudeza de los intérpretes católicos, para la utilidad de todos, para un adelantamiento cada día mayor de la doctrina sagrada, para la defensa y el honor de la Iglesia. Esta es la verdadera libertad de los hijos de Dios, el mantener fielmente la doctrina de la Iglesia y el recibirla como un don de Dios, con gratitud, y aprovechar todo cuanto los conocimientos profanos aporten. Esta libertad, por el fervor de todos exaltada y mantenida, es condición y fuente de todo genuino fruto y de todo progreso sólido en la ciencia católica, como preclaramente lo amonesta Nuestro Predecesor León XIII, cuando dice: “Si no queda a salvo la unión de los ánimos y si no se ponen a seguro los principios, no podrán esperarse grandes fru-

## DIÁLOGO 67

tos para el progreso de esta disciplina ni aún del entusiasta estudio colectivo de muchos”».